

Anna y Mauritius

Alfonso Doncel

Comparten huidas. Dos fugas que confluyen de forma fortuita, mientras se refugian mutuamente sin desvelar sus verdaderos secretos: dos vidas suplantadas que prefieren no aflorar a la realidad porque, sencillamente, no la pueden soportar.

luz/presencia

Anna y Mauritius se conocieron una Nochebuena, a punto de amanecer, en Beachy Head, el impresionante paraje ubicado en los escarpados acantilados de Dover. Anna estaba sentada con los pies en el vacío cuando un coche que estacionó muy cerca la deslumbró. Del vehículo se apeó un joven de tez morena, que la saludó amablemente y se situó a unos metros, sin cruzar palabra. Cuando empezó a amanecer entablaron conversación y fumaron un cigarrillo, que ofreció y encendió Mauritius. Acabaron yéndose juntos en el coche a tomar una taza de té a un pub cercano.

him/herSELF

Anna (en realidad Meredith Jones) es víctima de lo que se denomina "violencia vicaria": su marido asesinó a sus dos pequeñas en su presencia y, mientras era apresado, dejó muy claro que la siguiente sería ella. Tras dos años en prisión, logró fugarse e hizo saber a Anna que iba a por ella. Y lo intentó.

Sus abogados lograron que le asignaran una nueva identidad y la ocultaron muy lejos de su casa, con manutención, mientras lograran detener a su agresor, que nueve años después continuaba huido; invadida por el miedo y con el apoyo económico de su familia, Anna cruzó el Atlántico y se refugió en Folkestone, muy cerca de los acantilados de Dover -en el Reino Unido- ejerciendo discretamente de cuidadora de mayores. Su vida transcurre entre la vivienda de una anciana que cuida desde hace seis años y su pequeño apartamento, del que sale muy poco. Ocupa su tiempo mirando el televisor (sin verlo) o a través de la ventana, tras una cortina traslúcida. Sin amistades, con miedo a ser reconocida, descubierta. Le invade una mezcla de terror y remordimiento incapaz de soportar.

Mauritius (antes Tanvir Rawn Manzar) creció con su familia paterna en Quetta, una populosa ciudad pakistaní hasta que, con 19 años, la vida le situó en un atraco a mano armada: apretó el gatillo de su AK-47 contra un grupo de seis personas, de las que fallecieron tres, entre ellas y accidentalmente, su hermano menor. Buscado por las familias de los fallecidos (también por su propio padre) y por la policía, logró salir del país como polizón en un barco elegido al azar, cuyo destino resultó ser el puerto libio de Trípoli, donde compró una nueva identidad; se trasladó al Reino Unido y tras ejercer en la construcción y en la hostelería londinense, logró instalarse en Dover, muy cerca de Folkestone, regentando un pequeño hostal.

your**SELF**

En los cuatro años siguientes, Anna y Mauritius mantuvieron una relación sentimental trufada de espacios vacíos, no por desconfianza, sino por precaución, con un desinterés medido, habitualmente inexpressado. Intercambiaban y compartían momentos, actividades y viajes, siempre a lugares cercanos, sin otra expectativa que estar juntos. Unas veces y de forma cohibida, sentimientos; otras, sexo.

Ninguno de los dos deseaba aflorar su verdad: no hablaban de su pasado y, si lo hacían, lo falseaban sin detalles. Evasivas frecuentes, sin ofrecer explicaciones. Mauritius buscaba a Anna, la recogía y pasaban tiempo juntos. Anna nunca lo requirió; simplemente esperaba, se dejaba encontrar.

Ambos se contemplaban y desvelaban, sin intención de mostrar su propia identidad ni requerirlo del contrario, construyéndose una idea identitaria del otro, evitando siempre descubrir la suya. Como observando una llama, cuidando de no acercarse excesivamente para evitar quemarse, conteniendo la respiración para no alterar su forma. Sin mostrar excesiva curiosidad, sin expectativas. Conversaciones breves, que terminaban en silencios que ocultaban, sus huidas, ahora escondites.

Mauritius sollozaba en privado, pero en ocasiones y de forma inesperada, de Anna brotaban lágrimas; entonces Mauritius la consolaba más bien con su silencio, insertando pacientes miradas que acababan en un largo abrazo, en el que sus cuerpos, ahora opuestos, anhelaban diferentes horizontes. O puede que el mismo: un viaje de vuelta a ninguna parte, porque sabían que nunca podrían volver; sus éxodos se convirtieron en resguardos irreversibles. Guaridas limitadas a no ser descubiertas. Ninguno quería ni sentía que podía retornar.

Solían mantener conversaciones, muy generales, sobre la identidad.

Pues claro que sé quién eres, y supongo que tú sabes quién soy yo.

Pero no somos como nosotros nos percibimos, sino como cada uno lo hace con la otra persona.

Sé que eres más que ésta tu presencia, más que lo que de ti observo, porque también te construyen tus ideas, actos, palabras y silencios. Tu pasado, tus vivencias, tus perspectivas. También te construyen mis prejuicios, el entorno en el que nos situamos, el momento, nuestra experiencia juntos.

Mi construcción de ti es subjetiva. Sé que eres más de lo que aparentas: cuando te expones, proyectas algo que me hace pensar que contiene mucho más de lo que a primera vista muestras; me anima pensar que conmigo te ocurre lo mismo.

Por eso me agrada, de vez en cuando, observarte a cierta distancia, para comprobar si no eres sólo fruto de mi imaginación, una construcción de mis anhelos o una sencilla acomodación.

Y me dejo llevar por la idea de que eres mucho más de lo que en mi mente almaceno, que has sido, eres y serás más de lo que guardo de ti en ésta mi cabecita.

oscuridad/**ausencia**

Esta cuarta Navidad que pasaron juntos transcurrió con cierta normalidad, hasta que una noche bebieron de más. En mitad de la velada, Anna se puso a llorar angustiosamente, pese a los intentos de consuelo de Mauritius.

De súbito, Anna le espetó con gravedad:

- Deja de llamarme Anna: mi nombre es Meredith.

Le contó pormenorizadamente quién era, todo lo ocurrido y lo que le condujo hasta Folkestone: la sensación de una vida insostenible, su incapacidad para continuar. Mauritius no intentó contenerla; cuando entendió que había finalizado, le contó quien era él. Sumidos ambos en un llanto inconsolable, dejaron que el silencio les ofreciera reposo. Sin mirarse.

Sin tocarse.

Era Nochebuena y se trasladaron en coche a Beachy Head, el mismo lugar en el que se conocieron. En una noche cerrada, lluviosa y con amenaza de temporal, juntos y al borde del precipicio, decidieron, por segunda vez, poner fin a sus sufrimientos. Nunca se contaron que, en el amanecer en el que se conocieron, pretendían -por separado- hacer exactamente lo mismo.

Antes escribieron sus verdaderos nombres en un papel que pusieron sobre una roca, con una piedra encima. Pero el temporal se lo llevó al mismo océano en el que, para siempre, descansan los cuatro.